

# Unamuno, la voz de la conciencia agónica: radiografía de un hombre de acción

JOSÉ MANUEL SERRANO RAMÍREZ  
Málaga

*El silencio es la mayor persecución.*

BLAS PASCAL

*Son los sentimientos, y no las  
ideas, los que impulsan al hombre.*

ARTURO SCHOPENHAUER

Unamuno..., alma rebelde y heterodoxa, vehemente y contradictoria, es hoy, como ayer y mañana, imagen nebulosa esculpida en la densa niebla del recuerdo. Palabra radicalmente problemática y paradójica la de este personaje poliédrico devorado por la tensión agónica de los extremos. Entregado en cuerpo y alma al juego peligroso de la razón y la vida –él que fue tan apasionado irracionalista, abrasado en el delirio de su propia individualidad radical–, probablemente ninguna de las nociones al uso que sirven para describir las etapas que definen la densa y abigarrada biografía de su pensamiento se ajusta completamente a su evolución y desarrollo personales auténticos.

No podía ser menos tratándose de alguien para quien ningún juicio u opinión expresados era en principio aceptable. Siempre presumió de no poseer conocimiento alguno del que pudiera tener certeza absoluta, o estar cordialmente convencido de su verdad apodíctica: «...se empeñan en hacerme un sabio. ¡Un sabio! ¡Un sabio yo! Yo, que nunca he sido más que un pobre soñador..., un pobre sentidor atormentado, un hambriento de espíritu», confiesa a su amigo Luis de Zulueta. Yo, que siento el cálido aliento de la incertidumbre persiguiéndome en vida con la misma lealtad cansina con que la sombra sigue al cuerpo: «Es para volverse loco, grita; las más de las veces dudo. Y me refugio en los míos: en Senancour..., en Leopardi, en Quental..., en los místicos, en Pascal sobre todo».

En efecto, el hombre que vive de lleno en la «constelación del pesimismo», según la hermosa expresión de Pedro Cerezo, respira la duda, que penetra por cada uno de los poros de su alma. Una duda existencial, no metódica, que es resorte de acción íntima; impulso de vida entregada al horizonte abierto de la lucha, que es resignación activa y desesperación esperanzada... Hombre de sentimientos más que de ideas. Curiosamente, quien en

vida albergara la íntima ilusión de escribir una segunda *Crítica de la razón pura*, sintió como nadie el desgarramiento interior y los efectos demoledores de esta facultad humana sobrecogedora y, a la vez, terrible. Como nuestro Machado, nunca dejó de creer en el hombre; y decir hombre es hambre de plenitud y sed de autenticidad..., de libertad sobre todo. No le habría importado subrayar las palabras de Mairena: *ningún valor es más elevado que el de ser hombre...*

Vigorosa personalidad, de sustancias más que de circunstancias, de pelea más que de quietud, de experiencia más que de sistema, resulta harto difícil hablar con rigor de una estructura sistemática de pensamiento aplicada a la realidad del hombre-Unamuno. La travesía singular de su vida y obra, aquella que hurga y fluye sobrecogedora del sentimiento trágico, es una sucesión tumultuosa e inquietante de bruscos saltos e inciertas caídas, de desesperación apasionada, resignación rebelde y esperanza unas veces; de perplejidad, doloroso letargo e incertidumbre otras. Pero en cualquiera de los casos siempre abocada a la acción trágica de la lucha indomable. De manera que no es extraño que se haya polemizado quizá en exceso sobre la existencia incierta, ambigua, paradójica y radicalmente conflictiva de este agonista sentimental que, en palabras de Fernando Pessoa, quería «*sentirlo todo de todas las maneras; saber pensar con las emociones y sentir con el pensamiento*».

Aun así, su incontenible curiosidad intelectual le lleva a querer saberlo todo y saber de todo. Hasta el punto de merecer el aprecio y el sincero orgullo de quien, junto a él, es probablemente la figura intelectual más insigne de nuestro desquiciado siglo: «*...era, como hombre, de un coraje sin límites... Fue un grande escritor... Unamuno sabía mucho, y mucho más de lo que aparentaba, y lo que sabía, lo sabía muy bien. Pero su pretensión de ser poeta le hacía evitar toda doctrina*»<sup>1</sup>.

Contradictor de todo y de todos. Precisamente, cuando la revolución emigra de Europa e inaugura el mundo soñado de la modernidad, Unamuno, «cada vez más español y cada vez menos europeo, y cada vez más penetrado de la enorme mentira del tiempo y del progreso», se cierra, llevado por su energumenismo, a toda europeización de España y se recoge en la soledad de sí mismo, sin abdicar por ello de su beligerante actitud de polemizar contra todo y contra todos. Mas no lo hace sin antes derramarse plenamente en el paisaje de ese espíritu europeo que pasados los años recriminaría con la misma convicción apasionada con que en un tiempo temprano se entregó a él en cuerpo y alma. Ese momento de seducción casi mística, de entrega y sacrificio, en el que Unamuno se impregna del alma europea, de su filosofía, de su literatura y de su arte, es también el del inicio de su más quijotesca misión: la de españolizar Europa. En esto como en todo lo demás Unamuno rezuma por sus poros el individualismo hispánico más extremo, y no puede soslayar su condición de hijo legítimo de la Contrarreforma.

Vasco de corazón y español de vocación, don Miguel de Unamuno encarna el reencuentro emocional e intelectual con lo más aleccionador e imperecedero de la tradición humanista española y europea de los últimos siglos. Personalidad descolante, cuya influencia se cierne poderosa sobre la aletargada vida cultural española de principios de siglo, es la de este heterodoxo y apasionado intelectual del sentimiento agónico, pedestre

1. ORTEGA Y GASSET, J.: O.C. V, pp. 261-63. El subrayado es nuestro.

y frívolo unas veces, lúcido, profundo y genial las más, que fragua y vive una existencia alimentada por la *voluntad* de resistir y la *polémica* de sobrevivir. Tiene por tanto razón Ferrater Mora al afirmar que toda la obra de este buen vasco es «condición inexcusable de una vida que se quería agónica»<sup>2</sup>.

Ni siquiera cabría aplicar a la acción rebelde de su resignación vital, radicalmente activa, el conocido verso machadiano: «vivo en paz con los hombres y en guerra con mis entrañas». Infatigable a la acción trágica de la lucha, Unamuno mantiene una tensión existencial permanente contra todo y contra todos; contra sí mismo y contra el mundo. No sólo acepta el reto de la Esfinge sino que la increpa y desafía Al Espíritu de Disolución opone, orgulloso y díscolo, el Espíritu de Creación: el suyo.

Inconformista espiritual, rebelde existencial, liberal practicante, aguijoneador de conciencias y «reformador de entrañas», Unamuno aparece como una *rara avis* en la mortecina y provinciana sociedad española de finales del siglo XIX y principios de éste. «Apasionado personalista», contestatario vehemente, su inclinación personal hacia lo individual y concreto es tan decidida como perseverante; sólo la reivindicación de la condición justa y libre del hombre de carne y hueso *justifica*, en último extremo, la existencia toda y *merece* el compromiso moral de la lucha. Razón práctica ésta de su filosofía moral; y razón cordial también de su filosofía existencial del sentimiento trágico.

Su vida se va forjando en el yunque solidario de la desesperación esperanzada, la resignación activa y la incertidumbre espiritual, que, no obstante, sufre la perplejidad y el desasosiego de saberse conciencia solitaria abocada a la muerte. Por eso es el suyo un incansable grito de protesta que se diluye una y otra vez en la vorágine de la existencia humana como voz que clama en el desierto. Su *dolor* de España, y el pertinaz «energumenismo» de su carácter, lo sitúan frente a todo intento de hacer del ser y existir humanos momificaciones rígidas de la idea o del concepto. Tal será una de las constantes vitales de su pensamiento: instrumentalizar al hombre es, ya sea por la definición, ya lo sea por acción, matarlo. Y no cabe, por ende, mayor «monstruosidad moral» ni mayor aberración cordial.

«Tengo cierta corteza un poco ruda, algo seca la expresión y hasta el tono de voz», afirmará de sí mismo con franqueza castellana. Hombre de sobriedad espartana y de carácter vehemente, aunque afectuoso; excéntrico y solitario, además, su palabra, severa y cortante, pacientemente forjada en la acongojada soledad del silencio, es existencia descarnada llamada a *recrear* no sólo la realidad vital del hombre, sino a *mostrar* también su verdad sustancial, dispuesto en todo momento a soportar la tensión y el riesgo de la acción; es decir: la tensión y el riesgo de la libertad. Pues para el rector de Salamanca, el dolor que brota de la acción creadora de la palabra es espejo e imagen reflejada del existir humano libre: auténtico.

Su dignidad personal, su compromiso moral y su honestidad intelectual, unidos a su tensión espiritual, a su energía cordial y a su rebeldía existencial, corroboran, reiteramos, los profundos contrastes de un carácter singular, a la par que revelan con nitidez las contradicciones interiores de una personalidad única. Como en el caso de Gramsci, Unamuno

2. FERRATER MORA, José: «Unamuno: bosquejo de una filosofía», en: *Obras selectas*, Madrid, Revista de Occidente, 1967, 2 vols.; vol. I: p. 45.

representó a lo largo de su dilatada y conflictiva vida la imagen clara de un hombre íntegro de acción y de pelea, en lo público y en lo privado.

Hombre de firmes y sólidas convicciones, la voluntad férrea de su carácter indomable, el vigor insobornable de su conciencia y la independencia con que sostuvo y defendió sus criterios personales, hallaron justa resonancia y ejemplo en la reivindicación y vivencia de una ética agónica de la autenticidad que, escenificada en el escenario contradictorio y radicalmente conflictivo de la existencia, siempre se sintió comprometida con la lucha por la verdad y la belleza ocultas en el corazón del hombre; solidaria con el dolor y la angustia que anidan en la soledad acongojada de su alma; enamorada del sueño poético que se abre al horizonte inabarcable de la verdad.

Quizá por esto buscó sin desmayo la razón oculta en el sentimiento, anheló penetrar en el alma del hombre y desentrañar el misterio de la vida, y probablemente sólo aceptó inclinarse ante la autoridad de la inteligencia crítica, tan alejada, afortunadamente, de la lastimosa imagen mostrada por intelectuales orgánicos, funcionarios agradecidos y espíritus menesterosos, que los hubo, y muy agitados y activos, en la época trágica que le tocó vivir. Desdeñó igualmente con irónico decoro la adulación gratuita; el mismo estoico desdén que mostró frente a las críticas más precipitadas, viscerales e injustas. Él también fue crítico, y era consciente de ello. Polemista implacable, Unamuno no pudo ni quiso evitar encarnar una personalidad vigorosa agitada por sus propias convulsiones, a caballo entre la paradoja y la ambigüedad. Fue consciente de ello, pero asumió la responsabilidad moral de su existencia y aceptó con generosa disposición las consecuencias derivadas de su acción. Es más difícil ganar el sustento de la paz que ceder al instinto destructor de la guerra. La primera es una reivindicación innegociable del compromiso filosófico; la segunda, una necesidad enfermiza del servilismo militante.

Frente al abatimiento y conformidad pesimistas de la razón: una razón sacudida por la perplejidad y abrumada por el desasosiego, se yergue firme el optimismo desesperado de la voluntad, que se resiste a morir del todo, reiterará con machacona insistencia. A la *resignación pasiva de la inteligencia*, que se evade, sólo cabe contraponer la *resignación activa del sentimiento*, que, cordialmente comprometido, se rebela contra la determinación inexorable de la ley natural. El ser único y singular del hombre concreto no puede ni quiere aceptar sin rebelarse la fragmentación inexorable de su condición ontológica. Y por eso se rebela y grita: ¡*O todo o nada!*

Su ejemplo, vivo aún, viene avalado por la imagen del hombre bueno «seducido por la eternidad y arrastrado por el momento»<sup>3</sup>, que rechaza toda definición de sí mismo y de su posición filosófica: «yo solo tomo los acuerdos y casi nunca por unanimidad», solía increpar a sus interlocutores. Su figura humana, altiva y sentimentalmente desesperada, representa la del luchador infatigable al desaliento, la del hijo de la contradicción y la incertidumbre: imagen descarnada de un corazón entrañable desgarrado por la razón y la fe, la duda y el anhelo..., la congoja y el sueño<sup>4</sup>.

3. FERRATER MORA, José: *op. cit.*, p. 53.

4. Una anécdota, reseñada por Salvador de Madariaga, ilustra certeramente el carácter agónico de nuestro hombre, profundo y complejo, diáfano y, no obstante, radicalmente contradictorio: «Cuentan que Unamuno —anota Madariaga—, que había llegado a pasar unos días con un amigo en una casa de campo, entró en su alcoba donde le despidió el amigo hasta el día siguiente. Notó éste



Habría que decirlo sin ambages: Unamuno representó en el paisaje espiritual español de principios de siglo la encarnación existencial de la contradicción íntima como resorte de acción agónica. Su espíritu, a un tiempo alimentado y desgarrado por la presencia permanente de la antinomia, vive de ella, por ella y frente a ella: «Unamuno –recuerda Madariaga– pensaba con el alma entera y allá el diablo apenque con lo que salga. Su cita favorita era aquélla de Walt Whitman: ‘¿Que me contradigo? Bueno, pues me contradigo’. Otros habrán escrito como existencialista. Él lo vivía»<sup>5</sup>. Y lo vivía en y por la acción creadora de la palabra.

No obstante, convendría desde este momento evitar toda posible confusión que pudiera inferirse del término «existencialista» aplicado por Madariaga a Unamuno. Don Miguel nunca llegó a ser, en sentido recto al menos, un existencialista típico. Sus convicciones filosóficas y las consecuencias que pudieran derivarse de su actitud vital van más allá. Su universo moral, más que conceptualmente «existencialista», es *cordialmente existencial*, si se prefiere *radicalmente existencial* y, por ende, personal y agónico. La diferencia, siendo como es sutil, no es nimia; bien al contrario, la creemos fundamental, como ya tendremos ocasión de comprobar en el transcurso de nuestra andadura.

De tradición liberal, renovadora y europeísta, sinceramente convencido, además, de la necesidad de regenerar la atmósfera nacional, preconizada tanto por el socialismo krausista y el regeneracionismo de Costa, su personalidad estuvo, no obstante, imbuida de un profundo quijotismo espiritual y de un no menos arraigado individualismo de claro sentimiento anarquista, anarquismo individual y vital tan firme y lleno de España, que ansiaba «españolizar Europa». Actitud ésta coherente, y hasta cierto punto lógica, con un modo de entender la existencia humana tan radicalmente individualista como la del agonista vasco: «Su aspecto, modo de estar, mirada –recuerda Madariaga– eran agresivos. Parecía siempre dispuesto a abalanzarse sobre su interlocutor. Esta agresividad latente le inspiró a veces páginas que han debido de remorderle durante lo que alcanzó a ver y sufrir de la guerra civil; porque, en su esencia, era liberal una de sus muchas contradicciones. Pero el que le llevó a Kierkegaard fue el Unamuno irracional que demandaba en él al racionalista y aun al irracional, claro que no tardó en transfigurar al danés en un anarquista español como lo era él, caldeando la sangre nórdica para hacerla arder con la fiebre española»<sup>6</sup>.

Con todo, su existencia fue testimonio vivo de su propio compromiso intelectual y moral que, verazmente asumido, tuvo como horizonte de acción *aguijonear* el sentimiento dormido del hombre, *conmover* el corazón aletargado de sus lectores y, finalmente, *reformular* sus conciencias. En definitiva, despertar en ellos la inquietud de la feliz incertidumbre y abrirlos al sueño inabarcable de la imaginación creadora, en cuyo horizonte es posible vislumbrar la alborada de un nuevo universo moral, más generoso y auténtico:

que Unamuno se paseaba por su alcoba, y al ritmo de los pasos de su huésped se durmió. Durante la noche, se despertó y los pasos seguían ritmando el silencio. Se levantó el amigo, llamó a la puerta, entró, y halló a don Miguel vestido y paseándose. ‘¿Qué pasa?’. Unamuno le echó una mirada de acero. ‘Pasa que el corazón me arde en un deseo vehemente de persignarme’ – ‘Pues ande y persígnese’–. ‘Jamás. Mi cabeza se niega’» (*op. cit.*, pág. 222).

5. MADARIAGA, Salvador de: *Memorias (1921-1936)*, Madrid, Ed. Espasa Calpe, 1977, p. 311. Cfr. asimismo «Elegía a la muerte de Unamuno», en: MADARIAGA, Salvador de: *Espanoles de mi tiempo*, Barcelona, Ed. Planeta, 1981, pp. 252-57.

6. *Ibid.*

«¡Hermoso fruto de una civilización la adquisición de un nuevo elemento irreductible, de un nuevo átomo social, uno solo, aunque no sea más, de un nuevo hombre, de una nueva idea! Un nuevo tipo específico humano, una nueva idea viva, permiten un nuevo mundo sobre las ruinas del viejo»<sup>7</sup>, escribe en una de sus páginas preñada de más hondo contenido humano. Y agrega: «¡Un hombre nuevo! ¿Hemos pensado alguna vez con recogimiento serio en lo que esto implica? (...) *El cultivo del hombre es el fin de la civilización; el hombre es el supremo producto de la Humanidad, el hecho eterno de la Historia. ¡Qué hermosura al ver surgir de los detritos de una civilización un hombre nuevo! (...) Un hombre nuevo es una nueva civilización*»<sup>8</sup>.

Pasión sentimental, tensión racional; existencia agónica..., tragedia cordial: perplejidad y desasosiego, incertidumbre y esperanza..., resignación activa y lucha; sueño y realidad: fragmentación y escisión ontológicas, todo esto y más podría decirse sobre la personalidad compleja de don Miguel de Unamuno. Tal podría decirse también del perfil de un pensamiento fundido en un ser preñado de contradicciones, que es su propio obrar en y por la palabra. Una palabra viva que, encarnada en la recreación de la obra vivida como existencia trágica, muestra el espíritu agónico de una conciencia asaz turbulenta que se debate entre la heroicidad del sueño inmortalizador y la realidad de un destino abocado al abismo de la muerte: hambre y sed de inmortalidad. Todo ello sumido en la soledad y en el silencio angustiosos de una constante vital, a saber: la *meditatio mortis*. He aquí *grosso modo* enunciadas las grandes preocupaciones de Unamuno.

Quien no entienda el calado exacto de esto corre el riesgo inevitable de alejarse del hombre-Unamuno. En una palabra: ignorar el sentimiento trágico de un hombre de carne y hueso que asume la naturaleza contradictoria y radicalmente conflictiva de la existencia humana, y no se recata en beber el dolor de la lucha que no cesa en el hondón del alma. Acongojado sentimiento éste de un espíritu que encuentra insoportable la vida si la muerte es el destino final que espera a la conciencia individual. Unamuno, que llega a identificar la filosofía con la razón, y ésta con lo que él mismo denomina «la lógica», termina rechazándola como única posibilidad verdadera de conocimiento apodíctico. Con igual empeño, empero, no dudará en rechazar cualquier impulso visceral de arrojarlos sin más sobre los afilados acantilados de la irracionalidad, de la absurda y amarga «sin razón», identificada por él a menudo con la vida.

En efecto, desgarrado por los dos polos de la existencia: razón y corazón, Unamuno concibe la vida como una compleja encrucijada de caminos, todos los cuales están marca-

7. UNAMUNO, Miguel de: «Civilización y cultura», ensayo publicado en *Ciencia Social*, Barcelona, 1896, y recogido en el apartado *Otros ensayos* (O.C. I, p. 996). El rigor metodológico debe constituir un elemento básico indispensable a la hora de abordar cualquier labor o actividad intelectual mínimamente exigente. Por el mismo motivo, la observación y aplicación sistemáticas de criterios adecuados de unificación documental debe constituir condición irrenunciable exigida en la correcta presentación formal de todo trabajo de investigación, fuera el que fuere, y con independencia del carácter y naturaleza del mismo. Siendo consecuentes con esta primera norma metodológica, hemos decidido adoptar como fuente bibliográfica fundamental la edición *Escélicer* de las *Obras Completas* de Unamuno, en diez tomos, publicada en su día bajo la dirección del profesor García Blanco. Cuantos ensayos y artículos aparecen en esta *Tesis Doctoral* toman, pues, como referencia documental esta edición. Tras el título de la obra citada reseñaremos las iniciales O.C., el tomo correspondiente y la página o páginas respectivas.

8. *Ibid.* El subrayado es nuestro.

dos con la misma impronta inexorable: la lucha. No hay, pues, mayor legitimación moral de la existencia que el conflicto vivido por la conciencia solitaria, y solidaria, de cada individuo. Para el agonista vasco, escribe Ferrater Mora, «*el que en nombre de lo racional suprime lo irracional cercena de la realidad la voluntad y la vida; el que en nombre de lo irracional elimina lo racional, excluye de la realidad la verdad de la vida*. Sólo quien acoge a la vez lo racional y lo irracional podrá proclamar, frente a la ‘vanidad de vanidades’ la ‘plenitud de plenitudes’». Este último es el resultado de la perpetua guerra entre el corazón y la cabeza, guerra entre amigos y no entre enemigos, guerra civil»<sup>9</sup>.

Los motivos de este doble y radical rechazo se hallan tal vez en el propio núcleo sentimental, en la propia «entraña» de la filosofía práctica de Unamuno, a saber: el hombre que existe de verdad, que-es-unidad-única-e-indivisa —«principio de unidad e identidad»—, el hombre-yo-de-carne-y-hueso, es la confluencia trágica de lo blanco y lo negro; tensión y riesgo de un existir problemático inmerso en la propia contradicción ontológica en que se abisma la condición humana; es decir: en el torbellino en que se enfrentan, sin posibilidad de solución ni superación, la voluntad indeseable de ser, transgrediendo los efímeros límites del tiempo, y la sospecha racional de su más que posible imposibilidad. Guerra civil abierta que no quiere ni soporta tregua alguna; litigio fraternal, sin posibilidad de cese, entre «la razón esencial y el motivo existencial de vivir —y de describirse— la existencia humana»<sup>10</sup>. Mas, ante todo y sobre todo, dolor y congoja: agonía. Sufrimiento espiritual, sí, que, al igual que para Schopenhauer, representa para el pensador español la única realidad palpable o, lo que es lo mismo, el «único misterio verdaderamente misterioso».

En efecto, en lo más recóndito del alma unamuniana parece reverberar con fuerza inusitada el emocionado grito del célebre misántropo alemán: «el bienestar y la dicha son enteramente negativos; sólo el dolor es positivo»<sup>11</sup>. La felicidad no es más que una cruel y efímera ficción esculpida en la densa niebla del sueño de la vida. Sólo el dolor informa la verdadera carne de la realidad —«sólo el dolor es real», solía comentar Voltaire—. Palabras plenamente asumidas por el autor de *Die Welt als Wille und Vorstellung*. No en vano, para el filósofo de Danzig, la existencia se alimenta y es, *sensu stricto*, sufrimiento: dolor. Por ello, escribe: «Jamás hay límites ni términos para el dolor», ya que, añade, «en esencia, *toda vida es dolor*»<sup>12</sup>.

Querer es ya sufrir, y todo acto que surge de la voluntad implica dolor. Y puesto que vivir es, en esencia, querer, toda existencia hállase transida de dolor. De modo que, cuanto más elevado fuere el ser, mayor sería su sufrimiento. La vida que amanece en todo hombre corre rauda por el río imparable de la lucha y el dolor, es un combate por la existencia, con la certidumbre indubitable de ser vencido. La historia del hombre, concluirá Schopenhauer es un calco exacto de la historia natural del dolor, cuyo lema bien podría quedar definido del modo siguiente: *querer sin motivo, sufrir en todo momento, luchar sin desmayo, y finalmente morir*. Desterremos, o ignoremos al menos, el sustrato profunda-

9. FERRATER MORA, José: *Op. cit.*, p. 66. El subrayado es nuestro.

10. *Ibid.*, p. 60.

11. SCHOPENHAUER, Arthur: «Los dolores del mundo», en: *El amor, las mujeres y la muerte*, Madrid, EDAF, 1979, p. 92.

12. SCHOPENHAUER, A.: *Die Welt als Wille und Vorstellung*, lib. IV, pr. LVI.

mente pesimista y resignado que sustentan estas palabras, demos al pesimismo schopenhaueriano un sesgo de activa rebeldía, y no cabe duda que sus palabras podrían muy bien ser rubricadas por el agonista vasco.

«La razón tiene sus exigencias, tan imperiosas como la vida misma», repite una y otra vez Unamuno. No reparar en ello, pese a ciertos pasajes estremecedores de su obra, en los que parece advertir exactamente lo contrario, supone ignorar el verdadero contenido filosófico del pensamiento unamuniano: la conciencia acongojada del hombre-Unamuno siente el desgarrar que lacera su sueño poético, amenazada insistentemente por la realidad inapelable de la razón discursiva. Se siente turbada por la fe asida al resorte de la incertidumbre, conmovida por la esperanza que sufre la angustia metafísica de la desesperación y herida por la razón que abre una y otra vez la herida de la duda y el pesimismo más descarnado. Un alma estremecida a un tiempo por el «cálido abrazo de la fe» y por «el implacable y consolador impulso de la razón»<sup>13</sup>.

Decíamos como para la anquilosada y adormecida conciencia colectiva de la España galdosiana —esa España desharrapada, vetusta y obsoleta que desprecia cuanto ignora: «*España de la rabia y la idea*», en palabras de Machado, paralizada por la miseria, perdido el rumbo de su tradición histórica, desangrada por el atropello del fanatismo y la intransigencia y latente en su seno el germen destructor del enfrentamiento civil—, Unamuno representa, junto con Ortega, un elemento ciertamente atípico y, en cierto sentido, hasta molesto. Mas de igual modo una bocanada de aire fresco que tiene la virtud de renovar la atmósfera asfixiante que impregna el alma nacional. Probablemente, Unamuno y Ortega encarnan sin saberlo los dos polos significativos entre los que se mueve y agita la vida socio-cultural española del primer tercio del siglo.

No debemos, sin embargo, llamarnos a engaño, ya que ambas personalidades, de gran predicamento entre los intelectuales de la época, constituyen caras distintas de la misma realidad trágica: los dos se sienten profundamente españoles, aunque uno tratara de *euro-peizar* España, mientras el otro buscaba *hispanizar* Europa. El pensamiento de Ortega se derrama en un lago cristalino de intuiciones y soluciones perfectamente vertebradas en un todo armónico; el del agonista vasco, en cambio, se ahoga en un piélago tumultuoso de problemas sin resolver. En último extremo, Ortega ofrece soluciones racionales allí donde Unamuno plantea problemas existenciales sin resolver. En otras palabras: allí donde Ortega vislumbra soluciones forjadas en el yunque de la razón vital, Unamuno muestra horizontes abiertos no inexplorados aún por el sentimiento. Espíritus aristocráticos ambos, Ortega habla con la voz templada y armoniosa de la reflexión serena, representa el sosiego mesurado de la razón y probablemente vive y piensa a la sombra de una resignación infinita cultivada en el silencio elocuente de su soledad intelectual. Unamuno, empero, que fue por la vida blandiendo la inquietud y el desasosiego de la beligerancia, es un solitario cordial que habla con el grito desgarrador del sentimiento trágico y vive y sufre, siente, desde el abismo de la angustia metafísica, desde la desesperación esperanzada de su lucha existencial. Es la eterna controversia de siempre: ¿qué herramientas son las más adecuadas para esculpir en la superficie nebulosa de la vida el rostro reconocible de la verdad? A ambos, en cambio, les une el mismo afán, a saber: en cualquier tiempo y en cualquier cir-

13. FERRATER MORA, José: *op. cit.*, p. 61.

cunstancia, piense como piense y sienta como sienta el hombre, el camino capaz de orientarnos a los hombres hasta el horizonte infinito de la existencia se llama libertad.

Ahora bien, si el pensamiento orteguiano surge ordenado y claro, lúcido y vertebrado, y todo ello pese al excesivo academicismo con que a nuestro juicio tamiza abundantes pasajes de su obra, el universo unamuniano brota asistemático e invertebrado, complejo y enmarañado, de una poderosa mente especulativa con tanto vigor y riqueza como desorden y fragmentación, no exento en numerosas ocasiones de cierta oscuridad e incoherencia: «Agitador de ideas reformadoras contra las instituciones envejecidas –escribe Sciacca–, escritor fragmentario y paradójico, genial y asistemático, alma inquieta e inquietante, Unamuno plantea muchos problemas sin resolver ninguno»<sup>14</sup>. Pese a todo, si bien es cierto que el pensamiento unamuniano adolece probablemente del rigor conceptual, la sólida sistematización y la aguda y diáfana penetración orteguiana, no lo es menos que Unamuno penetra más profundamente que Ortega en los problemas reales que acucian la conciencia personal del hombre concreto.

En resumen, frente a la perfecta construcción alemana que supone la obra orteguiana, lógica, precisa y exacta, de prosa concisa y clara, se yergue orgulloso el pensamiento unamuniano, fresco y vital, pero deshilvanado y desordenado, de prosa exuberante y barroca: exageración verbalista con frecuencia envuelta en el abigarrado paroxismo lingüístico, que se difumina envuelto por una atmósfera embriagada de polémica, tan vigoroso como desgarrador. Su filosofía y comportamiento político, su compromiso moral en fin, exhalan un apasionado personalismo hartado difícil de digerir por el lector, abrumado por la arrolladora personalidad del pensador vasco. Agudo y no menos sugestivo contraste, sin duda alguna, con la elegante y fría serenidad de Ortega y su talante tranquilo y mesurado. Lo diónisíaco y lo apolíneo frente a frente.

Hemos *reconocido*<sup>15</sup> en Unamuno al hombre agitador de conciencias, reformador de entrañas y reivindicador social. Los vocablos *yo* y *sociedad* convergen y se identifican en el sustrato último de su pensamiento: «No tiene sentido alguno racional –escribe– el preguntar si es la sociedad para el individuo o éste para aquélla, porque yo soy la sociedad y la sociedad es yo. Los que oponen entre sí los términos de socialismo y anarquismo, socialismo e individualismo, sociedad e individuo, son los que creen en cuestión alguna la enorme simpleza aquella de ‘¿cuál fue antes, el huevo o la gallina?’». Este *antes* es el sello de la ignorancia»<sup>16</sup>.

En este sentido, la actitud asumida por el agonista vasco entronca decididamente con el espíritu *regeneracionista* que alumbró la *Generación del noventa y ocho*. Es más, su propia obra proporcionará a aquélla su generación una dimensión y originalidad singulares. No se contenta Unamuno, sin embargo, con la dimensión pública de la regeneración nacional teorizada y reivindicada por Costa. Persigue mucho más. Como el torbellino ingobernable de un vendaval penetra en cada espíritu individual para, bajando hasta el

14. SCIACCA, Michele Federico: «Miguel de Unamuno: el pragmatismo de la fe a cualquier precio», en: *La filosofía hoy*, Barcelona, Editorial Luis Miracle, 1961, 2 vols.; vol. I: p. 97; trad. esp. de Claudio Matons Rossi y Juan José Ruiz Cuevas.

15. Sería evidentemente exagerado utilizar el participio correspondiente al infinitivo del verbo definir; don Miguel se resiste a toda posible definición de sí mismo.

16. *Civilización y cultura*. O.C. I, p. 996. El subrayado es nuestro.

abismo de la conciencia, provocar una conmoción emocional de consecuencias incalculables. Cada hombre de carne y hueso, que ama, sufre y muere, debe y quiere tomar conciencia de su propia realidad existencial, y, pese al riesgo del propio existir, asumir plenamente la responsabilidad moral que le corresponde, como ser único y singular, en el conjunto de una sociedad civil de hombres libres. Luego, se pregunta Unamuno, ¿es el hombre para la sociedad o ésta para aquél?: «La cosa es clara: el, *para*, la finalidad, no tiene sentido sino tratándose de conciencias y voluntades; el *para* es volitivo, lo natural es el *cómo*; lo intelectual, el *por qué*. El *para* apunta a mi conciencia, el mundo y la sociedad son *para* mí; pero yo soy sociedad y mundo, y dentro de mí son los demás y viven todos. La sociedad es toda en todos y toda en cada uno»<sup>17</sup>. Y concluye: «Largos siglos de luchas, de dolores, de esfuerzos, de educación y de trabajo han sido necesarios para producir la civilización actual, matriz de nuestra cultura. Y al cabo de los siglos la civilización oprime a la cultura que nos ha dado, las instituciones ahogan las costumbres, la ley sofoca el sentimiento que encarnó»<sup>18</sup>.

Hay, pues, que luchar para reformar. Pero el *combate moral* debe decantarse sobremanera por la búsqueda decidida de la *autenticidad*, precisamente en el universo civil donde el hombre debe ser, ya que no lo es aún, la *suprema razón del obrar*. Porque la razón es instrumento y no fin en sí misma; camino abierto al horizonte de la verdad y no santuario cerrado a la inmensidad del infinito. De modo que, siendo como es el desarrollo integral del hombre libre el objeto centro de todo compromiso moral, el criterio de moralidad debe orientarse necesariamente al *servicio de la comunidad civil*.

Reforma moral y constitución de una ciudadanía de hombres corresponsables del mejoramiento social —de una sociedad civil que defienda y cultive el poder creador del hombre, la inteligencia crítica y la libertad— son objetivos que llenan de contenido y sentido el compromiso unamuniano: «Frente a todos los poderes ciegos —escribe González de Cardedal—, de la tradición o de la innovación, de la europeidad técnica o de la costumbre hispánica, él reclamó la conciencia y la palabra, el aliento personal y la actitud creadora del individuo»<sup>19</sup>.

Como ya hiciera Kierkegaard, Unamuno se proclama sincero defensor del individuo y a favor del valor absoluto de la persona humana y de su realidad concreta y única. Como el filósofo danés, al que se siente próximo en tantos aspectos, es un alma profundamente religiosa, enemigo declarado de la razón por la razón, y compañero inseparable de la soledad. Figura impregnada de contrastes y claroscuros —«para él (como para muchos españoles), el diálogo era imposible: conversar significaba hablar sin escuchar»<sup>20</sup>—, Unamuno encarna la heroica y generosa voluntad quijotesca de luchar por una *verdad cardíaca*, radicalmente personal, que sustituya a toda verdad dogmática sometida a la autoridad excluyente de la *razón pura*.

Frente a la fe asumida como adhesión ciega a una verdad ignota dogmáticamente impuesta por la coerción del castigo eterno, Unamuno reclama una fe religiosa, viva y acti-

17. *Ibid.*

18. *Ibid.*

19. GONZÁLEZ DE CARDEDAL, Olegario: «Miguel de Unamuno: la pasión por el hombre de carne y hueso», en: *El poder y la conciencia*, Madrid, Espasa Calpe, 1984, p. 120.

20. SCIACCA, M.F.: *Op. cit.*, p. 98.

va, que se enriquece a sí misma abrazada a la incertidumbre de la acción creadora. Pues es el abundamiento religioso del hombre agónico, manifestará Unamuno, y no el simple «progreso», o la mera «temporalidad» y «mundanidad» lo que da respuestas válidas a las grandes cuestiones que desazonan a la conciencia. No es, pues, el simple progreso científico sino la fe viva el camino adecuado que puede llevarnos hasta la comunión espiritual con la autenticidad que mana de la verdad sustancial<sup>21</sup>.

Y frente a la rutinaria y excesivamente ritualizada existencia del simple cristianismo formal, defiende un comportamiento cristiano asentado en la tolerancia, en el compromiso abierto a la solidaridad, la libertad y la autenticidad moral, y religiosa, de la conciencia personal. No olvidemos que para Unamuno, la persona se cimenta y desarrolla desde el interior, no a dictado de un designio exterior, para lo cual no le basta con un simple progresar en el mundo. Busca y defiende por tanto una actitud existencial decididamente agónica, rebelde y esperanzada. La resignación a la que con harta frecuencia se refiere Unamuno es dinámica, reclama la lucha, activa la voluntad y es resorte sólido de acción vital, religiosa, esto es: espiritual y moral. Un talante existencial, en suma, que halla en el destello abrasivo del amor y en la magnanimidad de la compasión los elementos más significativos de la caridad. A fin de cuentas, allí donde impera la ecuanimidad de la justicia y la solidaridad se hace también necesaria la benevolente presencia de la caridad<sup>22</sup>. Unamuno desdeñó siempre, y esto le separa de otro grande espíritu trágico: Schopenhauer, toda actitud de entreguismo o deserción. Se resiste a aceptar la resignación pasiva de la conciencia, aunque fuere a resguardo de una paz interior engañosa impulsada precisamente por la acción de la voluntad. Antes al contrario, la resignación unamuniana es resorte de acción, impulso rebelde que grita una y mil veces no, y que no se cansa de reclamar el todo.

Su compromiso político sigue los mismos derroteros: reivindicar un estado social al servicio de los ciudadanos. Detesta y combate, por el contrario, la idea de un Estado Absoluto que tiraniza al hombre diluyéndolo en el limbo irreconocible de la estadística. Reclama en su lugar un idealismo –espiritualismo, mejor– vitalizador, abierto a nuevos y no explorados horizontes, y rechaza con vehemencia la esterilidad moral del pecado y mediocre provincianismo enquistado en la sociedad española de su tiempo, enfermo de pragmatismo e inmediatez material, visceral, dogmático e intransigente. Una autonomía de la conciencia individual, en fin, que asuma la tensión y la angustia de vivir el riesgo de la libertad, ajena por completo a la simple instrumentalización del hombre.

21. A este respecto, Sciacca escribe lo siguiente: «Unamuno no es un escritor confesional (ni católico ni protestante), pero no es un escritor ‘laico’: su verdadero y único problema, durante toda su vida, fue siempre Dios y sus relaciones con Él (...) Él permanece en la ‘vertical’ de la fe, por encima de la ‘mundanidad’, de todo ‘historicismo’, de toda ‘horizontalidad’, aunque sea moral. Su impulso es la fe (...) Para Unamuno, la persona se construye desde el interior, no desde el exterior, y para que se construya no basta que ‘progrese’ en el mundo...» *Ibid.*, p. 101.

22. Asumimos en su integridad la tesis defendida por Victoria Camps en su libro *Virtudes públicas*, Madrid, Espasa Calpe, 1990, a propósito de la justicia. La tesis central que Victoria Camps pretende demostrar queda claramente formulada en los términos siguientes: «... incluso donde hay justicia, tiene que haber caridad» (p. 36). Que la caridad y la solidaridad son elementos coadyuvantes fundamentales para el triunfo de la justicia en el seno de una sociedad civil de hombres libres y corresponsables con sus decisiones y destino es un tema que no ofrece lugar a dudas.



Sobre él ha escrito Sciacca lo siguiente:

*En la moderna crisis de la conciencia cristiana Unamuno (...) ocupa un lugar especial: no cree en el Cristianismo como religión revelada, pero –a diferencia de cuantos consideraban y consideran al mismo Cristianismo como un mito entrado en su ocaso y reducido en la actualidad a algo convencional como fe–, cree en la dimensión religiosa, considerándola como la única que satisface las profundas exigencias del hombre y que lo puede salvar, precisamente en medio de la atmósfera creada por el progreso creciente, de la mundanización. En este sentido, Unamuno –que combatía la europeización de España y propugnaba la hispanización de Europa– ha sido uno de los grandes ‘europeos’, ya que ‘hispanizar’ significa para él volver a dar al resto de Europa la dimensión vertical de la fe viva, la convicción y la esperanza religiosa, para liberarla de aquella simulación de fe cristiana, reducida a fin de cuentas a un pobre cúmulo de ‘convenciones’ sociales, miserable costumbre de una sociedad que vivía y vive para otra fe, la fe en el mundo y en su progreso técnico y científico...<sup>23</sup>.*

«Su avidez de saber era tan grande –escribe Fernández Turienzo–, que ningún conocimiento tuvo por definitivo, como Don Hilario, uno de sus héroes, y retrato del mismo Unamuno. Unamuno no posee conocimiento alguno del cual esté fundamentalmente convencido. Cualquier opinión es para él, en principio, admisible. Ninguna de ellas es, en principio, inapelable. ‘Todos tienen razón’, es la mejor forma de decir que no la tiene nadie. Unamuno no se siente con fuerzas, o no quiere embarcarse en la tarea de escribir una segunda *Crítica de la razón pura*. Pero vuelve su mirada a lo que el hombre pierde por el abuso de la razón. Pocos han sentido como él los efectos demoledores de esta facultad»<sup>24</sup>.

Decir sin más que es el de Unamuno un pensamiento desabrido y asistemático resulta exagerado y falto de rigor, cuando no frívolo en exceso. No obstante, inclinarse por la opinión contraria no supondría una actitud menos frívola. «Parece aconsejable presentar la sistematización del pensamiento de Unamuno. Unamuno no cree en la razón. Ningún ‘sistema de Unamuno’ puede ser reflejado de su pensamiento. El ‘sistema’ de Unamuno es el mismo Unamuno y cualquier sistematización ha de tener en cuenta este primer hecho»<sup>25</sup>.

No cabe duda, sin embargo, de la realidad paradójica, radicalmente conflictiva y problemática: agónica, de sus convicciones, filosóficas, poéticas y religiosas: «En Unamuno –añade Fernández Turienzo– (...) se da un ‘sistema de convicciones’, un ‘sistema de creencias’ más o menos firmes o elaboradas, una *Weltanschauung*, aunque esté constituida no precisamente por soluciones, sino por problemas. Pero ya el mismo ‘problema’ implica un sistema de valoración. La vida rehúye el escepticismo puro, y es la viviente refutación de las teorías totalmente agnósticas. No es antirracional, pues que busca la racionalidad»<sup>26</sup>.

Tal es por tanto el desarraigo y comunión de un alma acorrajada que renace del aislamiento de su soledad con la inquietud cordial de una esperanza abatida por la perplejidad y de una fe sumida en el desasosiego. Como la de su castiza y abandonada España, la disidencia de su heterodoxia, enfrentada siempre a la abulia de un país sumido en el más lamen-

23. *Ibid.*, pp. 101-102.

24. FERNÁNDEZ TURIEÑO, F.: *Unamuno, ansia de Dios y creación literaria*, Madrid, Ed. Alcalá, 1966, p. 19.

25. *Ibid.*, pp. 19-20.

26. *Ibid.*, p. 20.



table letargo espiritual, es su única y palpitante tradición: *tradición eterna*. El hombre que con el transcurrir del tiempo hiciera del disenso y la controversia su más inmovible vocación, es el mismo que se entrega con apasionada desesperación a la acción sugerente de erigir el diálogo y el consenso a la cima de la comunicación y comprensión humanas.

«*Hombre alto, ancho, huesudo, de altas mejillas, nariz aguileña y afilada, barba gris, tez de color de las hematites (...) y en las hondas cuevas, bajo la frente agresiva que prolonga un pelo acerado, dos ojos como barrenas que miran al mundo intensamente tras unas gafas que parecen apuntar al objeto como microscopios: expresión combativa, pero de nobles combates (...) Tal es don Miguel de Unamuno*»<sup>27</sup>. Éste es el breve pero exacto esbozo anatómico tras el cual Salvador de Madariaga descubre y muestra con magistral agudeza psicológica el semblante espiritual de este hombre de voluntad férrea, pasión desmedida y personalidad explosiva, que tan encendidas polémicas y pasiones contrapuestas suscitara a lo largo de su densa y turbulenta existencia.

Individualista en exceso, irracionalista impenitente, intelectual radical, honesto y polifacético, excéntrico y aun histriónico, incluso trivial a veces, pero genial, serio y apasionado, las más, tales son las impresiones obtenidas en la instantánea fugacidad del momento de esta personalidad poliédrica, sobremanera singular, que brilla con luz inextinguible en el opaco y mortecino paisaje cultural de una España mutilada aún por la intransigencia del integrista y el desprecio de la ignorancia, la más terrible de sus plagas seculares, que, al igual que el paisaje castellano, montaraz y huraña, hosco y duro, áspero y desabrido, bronco e intratable, apenas es ya cobijo suficiente para un viejo y sabio pueblo cansado, empero, de andar sin rumbo esperando un renacer cada vez más lejano y olvidado. «*Y, sin embargo* –añade este ilustre europeísta de arraigadas convicciones liberales–, *a pesar de esta multiplicidad, de esta dispersión, la impresión dominante es de una vigorosa, de una inflexible concentración de la voluntad y de la mente. Bagaría, el caricaturista nacional, genio del ritmo y del carácter (...) representó una vez a Unamuno como un mochuelo. Certera penetración del carácter. Porque todo este torbellino de vitalidad está atravesado por la inmovilidad absoluta de dos ojos clavados en la noche espiritual. Y esta misma mirada fija en el misterio es el eje de acero en torno al cual el espíritu de Unamuno gira y regira desesperadamente: la unidad de su multiplicidad; el fuego único de todas sus pasiones; la única inspiración de su vida y de sus obras (...) Y, ante todo, el rasgo fundamental, la concentración de toda su alma en el misterio del destino del hombre*»<sup>28</sup>.

Por lo demás, dotado de una sólida base religiosa y un profundo radicalismo moral, cuyo horizonte es, qué duda cabe, el hombre libre y autónomo, el individualismo tajante de don Miguel entronca con la más rancia tradición del viejo liberalismo decimonónico, del que se han hecho eco Gómez Molleda, Elías Díaz y Pérez de la Dehesa, entre otros. En este sentido, Unamuno, un liberal «sobre todo y a pesar de todo», asume su liberalismo con la drástica contundencia de un compromiso vital, personal, irrenunciable. Es la suya una existencia comprometida con la «religión de la libertad», que es, a su vez, el eje vertebrador que orienta y da sentido a su vida. No en vano, escribe Elías Díaz: «El libera-

27. MADARIAGA, Salvador de: 'Introducción' a: *Vida de Don Quijote y Sancho. En torno al casiticismismo*, de Miguel de Unamuno, México, Editorial Porrúa, S.A. («Sepan cuantos...», núm. 417), 1983, p. IX.

28. *Ibid.*, p. X.

lismo es para Unamuno una auténtica concepción general del mundo, una visión total de la vida, una religión incluso, un sentimiento de la existencia definido por su carácter espiritual agónico, crítico, aunque no racional, y antidogmático»<sup>29</sup>.

Y está en la verdad Elías Díaz. Unamuno siente la presencia de su persona, de su yo íntimo, con la convicción de un obseso: obseso de sí mismo. Pero en su manera de dar forma a esta obsesión, Unamuno revela, además, otro rasgo típico del carácter español: «*Sus seres humanos son cuerpo y alma todo junto, unión que expresa admirablemente con atrevidas mezclas de metáforas físicas y morales, como en 'gozarse uno la carne del alma'*»<sup>30</sup>. Su palabra desvela –recrea, mejor–, el secreto de la vida, muestra el misterio del lenguaje encarnado y se abre de par en par al horizonte infinito del lenguaje. Por eso es el suyo un «existir en y por la palabra».

Por la palabra creadora se entrega Unamuno también al *agonismo* incierto pero apasionado de la vida –una vida, por lo demás, henchida de tensión y riesgo, incertidumbre y esperanza–, su acción vital discurre ajena por completo a la «inhumana pedertería», dirá él, del Hombre abstracto, sometido a la tiranizadora indefinición de la Idea. Porque en último extremo, advierte, no es la lógica fría de la razón sino la intuición cordial del sentimiento el camino que ha de conducirnos al horizonte abierto de la existencia y, por ende, al conocimiento entrañable de su verdad radical.

*Sea mi vida un poema,  
no un sistema,  
que vivir es la unidad*<sup>31</sup>.

Personalidad dotada por lo demás de una cordialidad exuberante y de un talante recto y serio, hosco y huraño, con frecuencia explosivo, pero generoso y humano, demasiado humano, la figura de este ilustre agonista se yergue orgullosa (ejemplo indudable de honestidad intelectual, sinceridad espiritual y autenticidad moral) sobre el «páramo yermo» de una conciencia colectiva aletargada por tantos siglos de estupidez y mediocridad, de ignorancia y crueldad, de silencio e intransigencia, de atropello y miseria. No hay mayor aberración moral que aquella que bien invocando el nombre de Dios, bien apelando a la razón de la Libertad sojuzga, cuando no mutila, la imaginación creadora del hombre, atropella su curiosidad intelectual, encadena sus ansias de libertad o constriñe su anhelo de trascender. Porque desde el *zoón politikón* de Aristóteles al *alma racional* que emerge de la «sustancia pensante» cartesiana, o desde la *caña pensante* pascaliana al *Dasein* de Heidegger, la Historia del Hombre ha resultado ser una inmensa y no menos pavorosa crónica del dolor humano, espectro terrible que aparece y desaparece en las olas repetitivas del tiempo para reaparecer y desaparecer de nuevo, ya sea en la nebulosidad silente del olvido, ya lo sea en la soledad turbulenta del recuerdo. Una historia del pensar

29. DÍAZ, Elías: *Revisión de Unamuno. Análisis crítico de su pensamiento político*, Madrid, Ed. Tecnos, 1968, p. 15. Edición reelaborada, ampliada y ciertamente rica en matices del 'estudio preliminar' con que tres años antes Elías Díaz introduce su trabajo *Unamuno: pensamiento político* (Antología), Madrid, Ed. Tecnos, 1965, un resumen del cual aparece reseñado dos años más tarde en la revista *Nuevos Horizontes* de México, núm. 2, nov.-dic. de 1967.

30. *Ibid.*, pp. XI-XII.

31. *Cancionero* (1929), poema núm.1093, O.C. VI, p.1249.

y del hacer humanos, por lo demás, que no ha estado gobernada, como dicen los libros, por la controversia secular dirimida en torno a si el conocimiento humano obedece a *verdades de hecho* o a *verdades de razón* —es decir, si es la experiencia, la intuición y el sentimiento el principio cardinal de la verdad o, por el contrario, es la mente una realidad autónoma generadora de la sabiduría humana, y si el hombre es sujeto epistémico antes que existencia que se siente, o viceversa—, o si el *horizonte axiológico* del hombre se halla en el carácter *autónomo o heterónomo* de su fundamento ético, sino tiranizada más bien por dos palabras tan veneradas como temidas, tan idolatradas como perseguidas, llenas, empero, las dos de demasiada sangre: Dios y Libertad.

Sea como fuere, Unamuno es lo que quiere ser: *Nada menos que todo un hombre*, según la enérgica expresión unamuniana convertida en título significativo de una de sus novelas cortas. Un hombre entero en lucha permanente consigo mismo. La lucha de un espíritu penetrante, agónico, que se debate entre la negación del pensamiento y la desesperada afirmación de un alma sedienta de inmortalidad. Mas esta lucha sin tregua que libran en su interior la verdad pensada de la razón y la lógica, por un lado, y la verdad sentida del corazón y la cardíaca, por el otro, la razón del ser y existir de Unamuno, es al mismo tiempo su tragedia y su consuelo, su elevación y su caída..., su muerte y su resurrección: todo y nada. Pese a lo cual, termina inclinándose hacia una actitud vitalista ante el problema irresoluble de la existencia humana, tal y como queda esbozado en el *credo quia absurdum* de Tertuliano, frente a la posición crítica que niega la posibilidad de la supervivencia personal.

Nos topamos así con el umbral mismo de lo que consideramos, quizá con excesiva cautela, el nudo gordiano de la personalidad unamuniana y también, como señala con acierto evidente Elías Díaz, de «su método de pensamiento», a saber: esa irresoluble contradicción íntima que subyace en el alma y en la mente de Unamuno; allí donde la lógica discursiva de la razón y el sentimiento cordial de la fe hacen de su interminable confrontación fundamento agónico de todo existir trágico. Pues el verdadero rostro de la vida está marcado por el signo indeleble de la antinomia, ese piélago tormentoso donde tienden a *fundirse y confundirse* en incierto y paradójico devenir los contrarios.

No es, por consiguiente, la lógica *more geometrico* de la razón, sino *esa otra* «lógica» ambigua de la paradoja la que perfila y define el ámbito problemático de la existencia, aunque una y otra sean *realidades* igualmente necesarias que se buscan y excluyen a un tiempo. De este modo, el hombre unamuniano se ve obligado a permanecer en un vaivén trágico, suspendido siempre en el vértigo del abismo. Pues allí donde la razón conduce inexorablemente hacia el precipicio de la disolución escéptica, se nuestra incapaz de erigirse en resorte de vida y se disuelve en su propia esterilidad, la fe, por el contrario, exige afirmaciones irracionales, desesperaciones esperanzadas, y es, por tanto, incomprensible e insuficiente para el intelecto, ante el cual permanece incomunicable, sumida en la vaguedad de lo indeterminado. Pero es también desde el fondo de este abismo insalvable desde donde Unamuno trata una y otra vez de reconstruir, sin conseguirlo, el edificio incierto y problemático, paradójico y radicalmente conflictivo de la existencia.

¿Una teoría? A diferencia de Ortega, jamás conferirá Unamuno a su acción vital la dignidad intelectual. Sabe bien que en el ámbito constructivo de su obra predomina su *ser vital* sobre su *ser pensante*, y así lo advierte repetida e insistentemente al lector en previsión de probables objeciones lógicas, presuntas incoherencias y abundantes contradiccio-

nes. Su alma, que es tránsito agónico, es un continuo comenzar de nuevo el juego de la vida y de la muerte, una voluntad por volar, fluir y hacerse espacio y tiempo imperecederos, para otra vez volver a tomar el rumbo creador de la palabra eterna tras la resurrección de la conciencia y de la carne. De ahí que, en claro contraste con el raciovitalismo orteguiano, la intuición y el sentimiento unamunianos constituyen una metáfora menos resignada de la vida y de la muerte, en la que el frenético impulso rebelde del corazón no es sino una demostración más de su voluntad de aferrarse a la existencia y reivindicar –exigir, mejor– más vida. Con la fuerza de su voz y el lirismo lacerante de su corazón, Unamuno acaba domeñando el caudal inagotable de la palabra creadora. Y un grito, que es la voz de un corazón que clama en el desierto, emerge incontenible bajo la «cascada» del ser y se alza, orgulloso e irreverente, como Prometeo, sobre el rítmico movimiento de la muerte.

En el empeño triunfante de su voluntad de resistir y sobrevivir a todos los envites de la crítica racional halla el sólido fundamento de su creer, o, mejor dicho, de su esfuerzo para crear. La compasión de sí mismo le lleva al amor de sí mismo, y éste, fundado en un conflicto de carácter universal, se universaliza en amor de todo cuanto vive y, por tanto, quiere sobrevivir. Y así, del «pesimismo trascendente de su contradicción íntima», extrae Unamuno un optimismo vital asentado en la fuerza creadora del amor. El paradigma de su actitud vital es Don Quijote, el espiritualista caballero defensor no de la idea sino del espíritu. «La seriedad, la intensidad y la unidad de su pasión dominante explican el vigor de la obra filosófica de Unamuno. Como artista creador, Unamuno no tiene ninguno de los defectos del hombre que no siente hondamente, pero sí de los hombres que no pueden moderar su pasión»<sup>32</sup>.

Su modo de hablar y dirigirse a la conciencia del lector resulta tan vibrante y entrañable que muy pronto queda éste prisionero de la magia envolvente de su lenguaje personal. El estilo del agonista vasco llega a penetrar tan profundamente en el ánimo fascinado del lector que éste termina sintiéndose encarnación viva y actor principal del paisaje lingüístico unamuniano. El estilo de Unamuno, su lenguaje creador, preñado de lirismo y cautivadora evocación poética, es la personalidad humana misma que lo encarna. Estilo y hombre convergen en una unidad no por más singular menos conflictiva: el modo de decir unamuniano es, al mismo tiempo, el modo de ser y de existir del hombre Unamuno.

Concluimos; Unamuno aparece ante nuestros ojos imbuido de una vocación existencial rayana en la exaltación mística. Espíritu inconformista dotado de una vitalidad que

32. MADARIAGA, Salvador de: *op. cit.*, p. XIV. La admiración y el respecto profundo que siente Madariaga por la vida y la obra del agonista vasco se pone de manifiesto con claridad meridiana en el pasaje siguiente, algo excesivo por lo demás en algunas de sus apreciaciones, generalmente ecuanímes: «Don Miguel de Unamuno es hoy la primera figura literaria de España. Baroja podrá ganarle en variedad de experiencia externa; Azorín, en arte delicado; Ortega y Gasset, en sutileza filosófica; Ayala, en elegancia intelectual; Valle Inclán, en gracia rítmica; y aun en vitalidad, quizá tenga que ceder el primer lugar a ese abrumador atleta de la literatura que se llama Blasco Ibáñez. Pero Unamuno se alza sobre todos ellos por la altura de su propósito y por la seriedad y lealtad, con la que, tal Don Quijote, ha servido toda su vida a su inasequible Dulcinea. Y aún queda otra razón que explica su lugar como príncipe de las letras españolas, y es que Unamuno, por la cruz que ha querido llevar, es el espíritu de la España moderna. Su conflicto eterno entre la fe y la razón, la vida y el pensamiento, el espíritu y el intelecto, el cielo y la civilización, es el conflicto de la misma España» (*Ibid.*, pp. XXI-XXII).

abruma, orgulloso hasta la exasperación, de voluntad inquebrantable, de carácter austero y severo y corazón rebelde e indomable, siempre dispuesto a ir por derecho. Su autoridad, honestidad e independencia intelectuales, unidas a su autonomía personal y a su compromiso moral, que creía casi profético, le llevó con frecuencia a cometer excesos y empecinarse en mantener posturas extremas. Parafraseando a Machado, aunque trocando el sentido del verso, Unamuno vivió en guerra con sus entrañas y en paz con ningún hombre.

Personaje emblemático, su indudable carisma corre paralelo a la propia complejidad, contradictoria en no pocas ocasiones, de su pensamiento. Figura insigne y carismática, su vigorosa estampa, sobria y seca pero profundamente humana, descuella sobremanera sobre el pacato y obsoleto provincianismo intelectual de la España aletargada de la Restauración. Vasco de nacimiento y español de convicción, Unamuno muestra una fascinación y apego apasionados por el paisaje castellano, al que, como sus compañeros del *Noventaiocho*, se sentirá indisolublemente unido y marcado. Su alma, sobria, severa y desnuda, recuerda los páramos, valles y roquedos castellanos que con tanta maestría y sensibilidad cantara Machado en su *Campos de Castilla*.

Amante fiel de la palabra viva, su voz suena en las almas como el eco cálido del símbolo desnudo; esa mostración perfecta encarnada en la luz de la metáfora. Ama la palabra, la sufre y vive en ella y por ella. Su existencia personal es por ello inseparable de la existencia misma de la palabra, entendida ésta como horizonte siempre abierto a la imaginación creadora que emerge del espíritu del hombre libre al aliento de su voluntad autónoma. La imagen viva de la palabra es tan indisoluble del universo interior unamuniano como el molino de viento resulta inseparable del entrañable paisaje cervantino. La metafísica de la voluntad que por cada uno de sus poros rezuma el espiritualismo quijotesco que da cobijo al alma unamuniana halla en la palabra no sólo el espejo en que toma vida la realidad del mundo y del hombre, sino también la presencia viva de la luz interior en que la verdad termina mostrándose.

De él dice Gómez Molleda lo siguiente:

*Tarea gratísima (...) la de estudiar y dar a conocer a Miguel de Unamuno, ya que su singular faceta de demoledor de pasividades, sigue resultando fascinante para quienes continuamos creyendo en la responsabilidad social de la Universidad y en su misión de 'transgresión reflexiva de lo establecido', para los que profesamos la idea de que la Universidad –aplicando a la institución universitaria palabras de Horkheimer–, 'se opone a sí misma, cuando sabe adaptarse con demasiada pericia a la realidad a la que debería decantar'. Fascinante porque el Unamuno identificado con la utopía de la libertad crítica y con el respeto a la autonomía del espíritu humano, sigue teniendo especial vigencia en la sociedad moderna, coercitiva por antonomasia a pesar suyo en función de sus propios desarrollos. Si la quintaesencia de la tarea unamuniana consistió en alzar la voz como ejercicio de acción cívica y de responsabilidad intelectual, estas páginas aspiran a retomar la palabra de Miguel de Unamuno, en lo que conserva de vigente, contra la era de atroz silencio siempre amenazante, que profetizó Ortega al sentir su muerte<sup>33</sup>.*

33. 'Introducción' al *Volumen Homenaje Cincuentenario de Miguel de Unamuno*, pp. IX-X). Hay que penetrar en las «razones de sentimiento», repetirá incansablemente el agonista vasco; en la «cardíaca», «más bien que en la «lógica». Cfr. *La educación*. O.C. I, p. 1016.

Unamuno vivió ejemplarmente, con el vigor moral e intelectual de una fuerza irresistible de la naturaleza humana, que quiere reformar y no dejar títere con cabeza sobre la inhóspita y aletargada tierra del dogmatismo y la intolerancia. Y, tal como subraya Pedro Cerezo: «Quizá lo más fascinante de la personalidad de Unamuno –también, claro está, lo más provocativo en el ancho sentido del término– resida en esta mixtura del héroe romántico y profeta, dispuesto a contarle las verdades del barquero al mismísimo lucero del alba; hombre indómito, implacable, en tenaz y permanente rebelión contra todo lo establecido, y, por tanto, siempre a la contra por principio, porque por principio veía asentada en su país toda suerte de dogmatismo»<sup>34</sup>.

Su modo de hablar y dirigirse a la conciencia del lector resulta tan vibrante y entrañable que muy pronto queda éste prisionero de la magia envolvente de su lenguaje personal. El estilo del agonista vasco llega a penetrar tan profundamente en el ánimo fascinado del lector que éste termina sintiéndose encarnación viva y actor principal del paisaje lingüístico unamuniano. El estilo de Unamuno, su lenguaje creador, preñado de lirismo y cautivadora evocación poética, es la personalidad humana misma que lo encarna. Estilo y hombre convergen en una unidad no por más singular menos conflictiva: el modo de decir unamuniano es, al mismo tiempo, el modo de ser y de existir del hombre Unamuno.

Para Machado, Unamuno encarna el hombre de carne y hueso que «saca de la angustia ante la muerte un *consuelo de rebeldía*, cuyo valor ético es innegable». Y añade:

*Donde Heidegger pone un sí rotundo de resignación, pone nuestro don Miguel un no casi blasfematorio ante la ideas de una muerte que reconoce, no obstante, como inevitable. El credo quia absurdum est, de tertuliano, que envuelve un reto de la fe a la razón y, en cierto modo, una esperanza de revelación por caminos desviados de la racionalidad, queda superado por la decisión de rebeldía y la libertad contra lo ineluctable de nuestro pensador y poeta, el cual no sólo piensa en la muerte, sino que cree en ella y, no obstante, contra ella se rebela...»<sup>35</sup>.*

Por lo mismo, pone en boca de Juan de Mairena la reflexión siguiente: «De todos los grandes pensadores que hicieron de la muerte tema esencial de sus meditaciones, fue Unamuno el que menos habló de resignarse a ella. Tal fue la nota antisenequista, original, españolísima, no obstante, de este incansable poeta de la angustia española»<sup>36</sup>.

34. CEREZO GALÁN, Pedro: «Poesía y existencia», en: *Volumen homenaje a Unamuno*, Salamanca, 1986, p. 564.

35. »Miscelánea apócrifa: Notas sobre Juan de Mairena», artículo publicado en *Hora de España*, núm. 13, Valencia, 1937, en el que contrasta las personalidades de Unamuno y Heidegger.

36. Madrid, *Cuadernos de la Casa de la Cultura*, núm.1. La metafísica existencialista que renace en Europa tiene a Unamuno entre sus precursores.

«(...) No es Unamuno el hombre que se convierte en biblioteca, sino, al contrario, el que consigue humanizar el libro. Desde este punto de vista, Unamuno representa la ciencia viva, la sabiduría (...) Este gran inquietador de espíritus, este gran flagelador de la modorra nacional, es, sobre todo y ante todo, un egregio poeta, en el alto sentido de la palabra, el descubridor de un nuevo ritmo para las ideas, no para las palabras.

Como vivimos en España, país beocio y sin respeto a todo valor espiritual, el nombre de Unamuno, como el de Costa, como el de Giner de los Ríos, traerá, acaso, a vuestra memoria algún adjetivo con que la estulticia ambiente trató más de una vez de calificarle. A Unamuno se le ha llamado *paradojista* o simplemente *chiflado*. No olvidéis que, en todas partes y en todo tiempo, los idiotas han pretendido ejercer el monopolio de la cordura.

*Fue tu vida pasión en el desierto  
mar en la pena, bajo la tormenta  
del viento que las olas acrecienta  
soñando siempre en el lejano puerto*<sup>37</sup>.

(...) Su agresividad ha sido siempre generosa. Este indudable resurgir de la conciencia española se debe en gran parte a la obra siempre inquietante y sugestiva de Miguel de Unamuno...». ALBORNOZ, Aurora de: «Unamuno y Antonio Machado», en *Ínsula*, núms. 216-217, Madrid, nov.-dic. 1964.

37. *Rosario de sonetos líricos (1910)*, XXXIII, O.C. VI, p. 356.